

I

Es la hora del crepúsculo. Cae luz opaca de los cielos, á trechos cubiertos de fantásticos nubarrones, sobre vasto anfiteatro de montañas. El sol poniente tiñe de sombría escarlata los lejanos horizontes de un mar tempestuoso, que se distingue apenas entre los dentellados picos de granito y jaspe. Las constelaciones de la tarde parpadean lúgubrementemente en las grietas de la montaña desgarrada como por los hachazos de un titan. El arco de la luna menguante riela luchando con la luz crepuscular. Todo sombra y misterio en el cielo, todo austeridad y rudeza en la tierra. Hasta el centelleo de los astros es hosco y siniestro. En el cielo ni una sonrisa, ni un halago, ni una voluptuosidad de la luz y del azul; en la tierra ni un bosque, ni un árbol, ni un ave. Dante no habria imaginado nada igual. Goethe hubiese arremolinado allí sus danzas de brujas del Walpurgis. Pero ni siquiera son allí posibles los espectros. Sólo es verosímil en aquel paraje la silueta trágica del hombre. Una especie de creacion de piedra, la orgía del mundo mineral, abruptos peñascos, montaña coronada de nubes, monolitos de pizarra, verdaderos obeliscos de una ciudad de gigantes, horribles desgarraduras, cauces de torrentes furiosos, hielos centenarios en el hueco de las rocas, desmelenadas y secas malezas pendientes sobre el abismo, raices de vegetacion oculta y que no rompe la petrea costra de los montes, musgos amarillentos tapizando las convexidades viscosas y deformes del suelo, silencio profundo en el espacio, sólo turbado por el graznido del águila salvaje, que cruza azorada sobre aquel amontonamiento de un mundo torturado por el terremoto, y que parece creado para morada del hombre de la edad de piedra.

Tal es el lugar de la escena.

Y allí está, en efecto, el hombre, en la torre convertida en caverna por las injurias del tiempo. Arrastra una cadena; aplánase sobre su cabeza la bóveda de su sepulcro; un peñasco es su lecho, una piel su vestidura, luz mortecina encendida en un hueco de la roca, su lámpara. Allí está Segismundo, el singular Adán de aquel nuevo

y espectral Edem. No le arrullan las hojas del espléndido vergel, no le deleitan las flores, ni le aduermen los cuatro rios bíblicos, ni le saludan las aves, ni le acompaña en la soledad la sombra del Creador, ni la dulce compañera de sus carnes y de sus huesos formada. Sólo Segismundo, y encadenado, goza de la vida cuanto le permite la longitud de su cadena. Los bramidos de su voz se escuchan á distancia. Su rostro, de indecible belleza, donde campean ojos leoninos, expresa los sufrimientos, las violencias del hombre material, y las aspiraciones, los ensueños, toda la meditacion de que es capaz un espíritu perfecto.

Es un gigante y tiene que encorvarse bajo su prision; es un atleta y tiene que permanecer inactivo entre los eslabones de su cadena; es una *fiera de los hombres*, y tiene que sufrir dia y noche el aullido del lobo salvaje, que llega á olfatear á los umbrales de su prision, y que envidiar el vuelo majestuoso del águila, que se eleva hasta perderse de vista, y al que su fantasía supera en ambiciones y en orgullo. Y como las bestias solitarias son melancólicas y graves, la soledad ha hecho del *mónstruo humano* un soñador. Y como sólo la naturaleza le ha ofrecido espectáculos para la meditacion y el ensueño, la naturaleza tan sólo ofrece tema á sus desvaríos, que bien pronto han de parar mientes en los hombres y en la sociedad. Conoce, ya por vagas enseñanzas de su carcelero, el sistema de los mundos y la existencia de los séres. En sus delirios, ora envidia á las coloridas aves, al parlero manantial, al manchado bruto, al monstruoso pez; ora su pupila centelleante y furiosa templa su irritado fulgor en el suave rielar de la estrella ó se enciende aún más con los resplandores del sol. Hombre primitivo, pasa rápidamente de un afecto á otro. Unas veces, en la contemplacion del mundo exterior, expresa su entusiasmo con frases de sin igual belleza; otras, recordando la cadena que le aprisiona, rompe en imprecaciones furiosas. Súbitos enternecimientos suavizan su áspera condicion: iba quizá á devorar como el tigre, y acaricia como el perro. Él mismo se define *hombre-fiera*.

Tal es el héroe del poema.

II

Los primeros versos del poema son ya como portada grandiosa del vasto edificio. El gongorismo de la frase préstase en esta ocasion admirablemente al tono oportuno:

Hipógrifo violento,
Que corriste parejas con el viento,

versos criticados hasta en libros en que se pretende educar, y en que se pervierte el sentido literario de nuestra juventad, son, no obstante, los únicos que convienen á la arrebatadora escena que ofrece el poeta. La idea del corcel, del viento tempestuoso, de la caida vertiginosa por las rocas; todo ese movimiento lleno de calor y de fuerza, viene como indicando la irrupcion de la vida en el país de los sueños. Salvaje es el teatro de la escena, segun lo pinta Rosaura. Rompe á través de matorrales de

... monte eminente
Que arruga al sol el ceño de su frente,

imágen digna de un pintor, y que como ninguna otra expresa con sobriedad y de un rasgo sólo la imponente cima caldeada y enrojecida por la luz del día, esas arrugas centenarias de las montañas donde anida el buitre y serpentean los rayos de la tormenta.

El miedo cómico de Clarin templa la grandeza del asunto acomodándolo á las proporciones humanas. Clarin siente tan sólo hallarse

En un desierto monte
Cuando se parte el sol á otro horizonte,

hora crepuscular é incierta, en que la tierra se presenta vaga y el cielo temeroso, preocupación natural en un pobre diablo, á quien no agitan otros sentimientos que el deseo de buen lecho, abundante pitanza y abrigado hogar. De esta suerte, en el fondo del cuadro tiembla el miedo con aquella realidad pasmosa, que aumenta el efecto de la escena, como ciertas figuras dislocadas de Rembrandt, ó como aquella música de *Dinorah* en el fondo de los bosques y en el terror de la soledad.

Las pinceladas con que Rosaura dibuja la prision de Segismundo, son maestras. Se salen del teatro y escapan al talento del mejor tramoyista y pintor escénico; como que la pintura está hecha para los incopiabiles espacios del poema. *La ruda arquitectura del edificio*, que parece al pié de las inmensas rocas

Peñasco que ha rodado de la cumbre,

tiene el ambiente y el color de un paisaje, con más el misterio y el espanto de las convulsiones de la naturaleza.

Toda esta primera escena es de lo más bello que ha producido el teatro español. Parece como sinfonía grandiosa, solemne y característica, que prepara la aparicion de Segismundo. *La medrosa luz que aún tiene el día*, la boca de la caverna que *engendra dentro á la noche*, la idea del alma en pena que asalta á Clarin en su terror cómico, el trágico espanto de Rosaura, convertida en *inmóvil bulto de fuego y hielo*; aquellas sombras, aquellas montañas siniestras, aquella lámpara de desmayado fulgor, aquel rumor de cadenas, aquella noche que avanza; todo está dibujado con increíble vigor, todo está debidamente armonizado para que resalte la aparicion de Segismundo y asombre su voz de fantasma, *voce per umbras*:

¡Ay mísero de mí! ¡Ay infelice!

III

Y vienen las célebres décimas; la única tirada de versos que de nuestro antiguo teatro sabe de memoria la generacion presente, y que repetirán con deleite las generaciones futuras. ¿Por qué? Débese algo, sin duda, á la forma que es perfecta, colorida, propia y llena de brochazos de mano maestra; débese tambien á que esos versos tienen, al par de la inspiracion del poeta, la exactitud y la simetría del geómetra, como que en cada décima se vierte el pensamiento en cantidad igual, y ese pensamiento se

repite con la regularidad del estribillo en la canción, del golpe del émbolo en la máquina; y más que nada porque en esas décimas se expresan sentimientos humanos y universales, anhelos del deseo, aspiraciones eternas á la plenitud de libertad de que disfrutaban

El pez, el bruto y el ave.

El siglo XVIII, que sabia de memoria esos versos, como los sabrá el siglo XX, halló reparos que hacerles. Se les tachó de gongorinos, de impropios, de absurdos. Creemos que en cuanto ha puesto la pluma Calderon en *La vida es sueño*, todo es, si no perfecto, bello y natural, incluso ese gongorismo de que se le acusa.

La naturaleza entera pesa sobre el sublime solitario, y como no la conoce objetivamente apenas, en sus delirios preséntase abultada, monstruosa, espectral, como el ciego de nacimiento concibe el sol, y el sordo el trueno, por las descripciones que del mundo exterior se le han hecho. Y así es que el gongorismo con que esmalta el poeta las bellas décimas, es en este caso naturalísimo, y escapa á la crítica como rayo de luz en demasía vivo á los ojos, como vibración en demasía intensa al oído. Por eso no comprendemos las refundiciones, ni la *sana crítica* aplicada á esa sublime concepción. La fantasía exaltada de Segismundo, su pupila obliterada por el confuso amontonamiento de los sueños, le abultan el espectáculo del mundo exterior. Ve en la apariencia de las cosas, formas, colores, excrecencias, sombras y exageraciones, que no percibe la pupila habituada en la experiencia diaria y constante. El fenómeno ha sido ya observado por los viajeros en países habitados por razas inferiores ó bárbaras. Crece en ellas la fantasía á merced de la atrofia de la inteligencia. Tierra y cielo están para el salvaje beduino, para el brutal australiano, llenos de misterio y de ensueño. Hay una especie de interposición de fantasmas entre su pupila y la naturaleza, semejante al confuso revolotear de las aves en los lugares solitarios, durante los largos crepúsculos del verano. Entre esos hombres, las preocupaciones, la superstición, los agüeros, acompañan á todos los actos de la vida. Su país es el país de los encantos, de las brujas, de los duendes, de las hadas, de los silfos, de los mónstruos, de los gigantes, de los titanes. En él también, el asombro y el terror engendran las religiones. Es más; llevad á uno de esos salvajes al seno de las sociedades cultas, y vereis de qué extraño modo interpreta nuestras costumbres.

Segismundo es no tan sólo un salvaje; es un visionario. Ve mal y se expresa con la inexactitud y la vehemencia de sus impresiones.

Pero aún cuando no fuera así, ¿tenemos derecho á retocar el gran lienzo del maestro? ¿Nos es lícito mutilarlo para que pueda pasar ante el vulgo sin los colores propios con que fué trazado? Si se quiere poner en escena *La vida es sueño*, póngase íntegra y sin correcciones. Si el público frívolo é ignorante la tacha, esto demostrará, cuando más, que es urgente educar al público. Porque el cielo azul aparezca cubierto de nubes y el sol de manchas, ¿haremos barrer el cielo, mandaremos lavar el sol? Toda restauración es mala y peligrosa. Raspar la Vénus griega, corregir el friso del Partenon, dar luz á las sombras de Ribera, idealidad al realismo de Velazquez, color al dibujo de Flaxman, dibujo al color de Goya, es tanto como decir francamente que no se quieren ni Vénus, ni Partenon, ni Ribera, ni Velazquez, ni

Flaxman, ni Goya, y que nos debemos satisfacer con la máquina fotográfica y el yeso de la escultura industrial.

No en manera alguna; respetemos supersticiosamente á Calderon. No le retoquemos: dejémosle en el nimbo de gloria en que se nos aparece con sus defectos y sus bellezas. Pongámosle en manos de la juventud escolar con entera confianza. Se trata de aprender á volar, y el maestro es el águila. Que vuela demasiado alta: consolémonos con que hay otros muchos que rastrean. Que es desigual y tempestuosa, que á veces desgarrar con uñas y pico el buen sentido y la poética convencional. ¡Dejadla que se alimente de esos carneros! Que sus personajes serían monstruosos en la vida real. No es la vida real tan bella que merezca la pena de verla á todas horas, en todas partes. Sobre todo, si tantas tachas tiene Calderon, contentaos con Moratin.

El gongorismo calderoniano, por otra parte, no es ya un peligro en nuestro tiempo. La antigua poesía no nos puede contagiar el gongorismo, como la antigua patología no nos contagiará la lepra. Pero aceptad á la antigua poesía con el gongorismo, como aceptais á Job con su lepra. Hoy la moda es otra; hoy el *fraseismo* ha sustituido ventajosamente al gongorismo, y Dios sabe los disparates que esta moda engendra. Aun así, la posteridad sería injusta si rechazase grandes obras contemporáneas plagadas de ese vicio, lo mismo que si, bajo pretexto de embellecerlas, podara atrevidamente sus exuberancias y dislates.

Sí, conservemos al poeta sagrado; no lo mutilemos, como no mutilaríamos la pátria. Es ya un tesoro nacional, un cofre de antigua y preciosa pedrería, donde entre deslumbradoras esmeraldas y diamantes suele encontrarse alguna que otra piedra falsa, donde por casualidad una moneda de cobre aparece en montones de ricas doblas, no sin que para el numismático tenga quizá más valor la modesta pieza de cobre que la áurea moneda.

IV

Y llegamos sin salir de las primeras escenas á una de las situaciones más interesantes del poema dramático. Rosaura, al oír aquella grande voz que habla en el crepúsculo, en medio de la soledad, poseída de sentimientos piadosos, revela su presencia al prisionero. Este, altivo y ruboroso de que un sér humano haya sorprendido su secreto, amenaza á la jóven con la muerte, ásela violentamente y la arrastra á la caverna como fiera pronta á devorar su presa.

Póstrase Rosaura á los piés del mónstruo con la timidez y el temor propios de su sexo; implora piedad, y entónces Segismundo cambia repentinamente de sentimientos y abandona á su víctima. ¿Qué fenómeno se ha operado en el alma del feroz solitario?

Rosaura dice tan sólo en el momento en que Segismundo va á realizar su amenaza:

Si has nacido
Humano, baste el postrarme
A tus piés para librarme.

Apenas oída su voz, apenas vista su actitud, Segismundo siéntese suspendido por su presencia, enternecido por su acento, por su respeto turbado. Dícele que sólo un hombre ha visto desde que nació, que es *una fiera de los hombres*, y las palabras apasionadas y candentes brotan de sus labios. Admírala estático, desea mirarla eternamente, y según más la mira se siente muerto por su mirada; bebe la agonía en sus ojos, y sin embargo, está muriendo por ver, aunque ve que el ver le dá muerte.

¿Qué sentimiento es este? ¿La piedad? No suele usar tan exaltado lenguaje. ¿Es el asombro de ver á una criatura humana? No llega á tanto la ignorancia de Segismundo. Conoce á los hombres, y por eso justamente los odia. Clotaldo, su carcelero, le da idea completa de lo que es la humanidad. Sólo el amor es capaz de inspirar ese lenguaje; y en efecto, esos admirables versos respiran amor.

Segismundo, hombre primitivo, tiene maravilloso instinto. Rosaura en el primer acto se le presenta en traje de varon. Segismundo ve inmediatamente en Rosaura la hembra. Y decimos la hembra, porque el acceso vehemente de pasión amorosa que se despierta en él, no es tan sólo la platónica adoración á la mujer, sino esa corriente magnética que liga y conmueve á los sexos contrarios. Siente Segismundo la proximidad y el contacto de la hembra con salvaje energía. Se verifica en él un movimiento de la sangre y del sistema nervioso, un fenómeno puramente fisiológico que en nada se relaciona con los afectos sublimes del espíritu. Sabe que Rosaura es un hombre, que es su enemigo por ende, que pertenece á la execrada raza de los que sin ley ni razón le privan de su libertad, va á despedazarla entre sus hercúleos brazos, engañado por el disfraz de la ardiente aventurera; mas al percibir la fragancia para él desconocida, pero penetrante y enervadora, de aquella flor caída en su desierto, el sistema muscular del atleta es invadido por el fluido nervioso del amante, y en aquella naturaleza fuerte, vehementísima y casta, se verifica la misteriosa explosión de los sentidos en que arden todos los fuegos del amor sexual.

Nunca poeta alguno ha comprendido mejor las leyes fisiológicas del amor. Es esa página del gran poema la más profunda é intencionada. Adán, en la Biblia y en Milton, es grosero é ignorante; es una masa de carne en la cual el sistema nervioso duerme profundo sueño. Preciso es que la voz del Creador señale á Eva como la madre de la especie humana, para que Adán repare en su compañera, y aún después se muestra pasivo y como sometido al yugo, más que por amorosa adhesión, por docilidad impropia en la iniciativa que caracteriza al sexo fuerte.

Nótese cómo Segismundo experimenta en su sér, en orden natural y perfectamente lógico, los impulsos del hombre primitivo: primero la fuerza, el valor, el instinto de conservación, y se agita en sus cadenas, conmueve la vieja torre que le sirve de prisión con los rugidos de su voz de fiera, con las sacudidas que el león imprime á su jaula, acomete á quien se le acerca, amenaza al cielo y á la tierra; después el amor, el deseo, el instinto de reproducción, y coge en sus trémulas manos las aterciopeladas de Rosaura, mírala con entrañable pasión, con *ojos hidrónicos* de deleite, estréchala, inocente y ya iniciado en el misterio supremo, sobre su ancho pecho, la dirige las más ardientes frases de pasión que puede poner un poeta en labios humanos.

¡Sublime escena! En el inmenso sueño del primer acto hay esa realidad, esa adi-

vinacion del poeta, esa página que la escuela modernísima llamada *realista* debe estudiar como un modelo. Pero decimos mal; Calderon no adivina, no presiente, ni traza casualmente, y á la manera que los grandes poetas, esos versos que son revelaciones. Ha hecho lo que ha querido hacer: escribe lo que quiso escribir. El sentimiento que la presencia y las humildes súplicas de Rosaura provocan en el adusto prisionero, no es en manera alguna la piedad; no conoce este sentimiento; su natural feroz es inaccesible á la misericordia. Es que la voz celeste de la mujer llega á su oído por vez primera; es que al contacto de aquel cuerpo femenino, lleno de fecundidad y de gracia, corre por sus venas y agita su corazón la lava sensual y enervadora del amor. De haber sido la piedad la que embargase su ánimo, su lenguaje sería otro, y sabido es que justamente Calderon suele distinguirse por la oportunidad con que hace hablar á sus personajes.

¡Y cuán natural es el sentimiento que exalta á Segismundo! ¿Quién no recuerda las emociones primeras del amor, que no pocas veces se renuevan en otra edad, si bien ya perdidas la primitiva espontaneidad y la ilusión llena de vagas aspiraciones? ¿Quién no ha sentido el delirio inocente, y sin embargo viril, que inspira al hombre en la primavera de la vida, no ya la voz de la mujer, no ya el brillo magnetizador de sus ojos, ni el contacto de su mórbida mano, ni el aroma de su cabello, ni el hábito enloquecedor de sus labios, ni el estremecimiento de serpiente de su talle, sino que tan sólo la flor que dejó caer al descuido, el guante que olvidó y que llevamos á la abrasada boca, ¡qué más! el rumor de sus pasos, y hasta el roce de sus vestidos. Esto bastaba para sumergirnos en deliciosos delirios confinantes del ensueño y la locura. En esa edad en que el hombre comienza y el niño acaba, en ese vago crepúsculo matinal en que tantas aves cantan, tantos rayos irradian, tantas flores se abren en los profundos espacios del alma, el instinto vela, la ignorancia interroga, el misterio deja caer lentamente el velo á compás que la aurora crece y el cénit se ilumina. Entónces ignoramos lo que es la mujer, y su encuentro repentino es el choque de dos estrellas, la mayor de las sorpresas, la más inesperada de las transformaciones. Y como ignoramos el misterio mujer, nos precipitamos en él con la admirable ceguedad del instinto, con tanta mayor violencia cuanto más profundamente ha dormido esa fuerza en la etérea region del alma, en el mecanismo de los nervios. La suprema ignorancia se transforma entónces en deseo supremo.

Y una vez despierto ese instinto en Segismundo, influye decididamente en su existencia. Conviértese en una de las grandes pasiones que han de hacer dolorosa su vida. Por lo pronto, el amor, no purificado por las lágrimas y las penas, es tan sólo brutal deseo que se manifiesta en la segunda jornada, en pocos minutos, arrostrándolo todo y atropellando el decoro de dos mujeres. Más tarde, el sufrimiento depura esta pasión, la idealiza indeciblemente, la convierte de lodo informe en nube. Tal es el proceso de las pasiones humanas, vicios en su origen, virtudes al fin.

Y nótese el arte exquisito, el sentido profundo con que Calderon prepara esa divina escena. Pudo haber hecho que Rosaura apareciese á los ojos del prisionero en traje de mujer, y aún así el efecto habria sido grande, pues no habiendo visto Segismundo á mujer alguna, la adivinacion y el despertar del instinto hubiese sido el mis-

mo. Pero el sublime poeta quiso que Rosaura vistiese de hombre y usase el lenguaje de varon, para que engañado por completo Segismundo por el disfraz, sólo la voz del instinto y la ley fisiológica del amor, le impulsasen hácia la jóven.

Desde el momento en que el prisionero ha comprendido que en el mundo hay algo más que ódio y furor, desde el punto en que se despiertan en él desconocidos sentimientos, nuevas aspiraciones, su desesperacion se hace más profunda.

Encariñado por primera vez en su vida, con la consoladora que le depara la fortuna, ¡con qué brio la defiende contra Clotaldo! Dirígese al cielo, y la blasfemia brota de sus lábios:

... ¡Ah cielos,
 Qué bien haceis en quitarme
 La libertad, porque fuera
 Contra vosotros gigante,
 Que para quebrar al sol
 Esos vidrios y cristales,
 Sobre cimientos de piedra
 Pusiera montes de jaspe!

Nunca el Cáucaso tembló á los ecos de más poderosa imprecacion.

V

De los episodios del poema no haremos especial estudio, con ser tan bellos y dar tan grande animacion y vida á la escena: la figura de Segismundo llena por completo el cuadro, y ni el magnífico monólogo de la primera jornada de Clotaldo, ni el torrente de límpidos y sonoros versos que la galantería más perfecta y el amor más cortesano ponen en boca de Astolfo y de Estrella, ni las graciosísimas escenas en que Clarin interviene, serán bastantes á apartarnos del objeto principal de este trabajo.

Del monte pasamos al régio alcázar de Basilio, monarca de Polonia. No lo busqueis entre los reyes de esta nacion. Algunos grandes duques de Moscou se llamaron Basilio. En la infancia de Calderon era gran duque Basilio V Chiuski, elevado al sòlio en 1606, depuesto en 1610, muerto en 1611. Fué un mal príncipe, y Rusia bajo su reinado un país en que ardian las guerras civiles. En esta época Polonia y Rusia se ponen en contacto. Rusia ofrece el trono, vacante por la caida de Basilio, á un hijo de Segismundo III, rey de Polonia.

¿Tenia Calderon noticia de esos movimientos políticos del Norte europeo? Creemos que sí, porque fuera muy casual que en poema cuyo teatro era Polonia, y donde figura un príncipe moscovita, coincidiesen dos nombres septentrionales. El pueblo español, fué siempre extraño en aquel siglo á esas naciones, pero los cortesanos no podian ignorar las intrigas que nuestros diplomáticos seguian en las córtes del Norte. El oro de España favoreció en una ocasion á un pretendiente al trono de Polonia, archiduque de Austria, contra Segismundo III, que venció al cabo. Este rey fué contemporáneo de Calderon, y casi del Segismundo de *La vida es sueño*. Murió